



Puerta de Carmona en Sevilla.

BOLETIN

DE LA

ASOCIACION ESPAÑOLA
DE AMIGOS DE LOS CASTILLOS

N.º 27

CUARTO TRIMESTRE

AÑO VII-1959

BANCO DE VIZCAYA

Fundado en 1901

Casa Central: **BILBAO**. Gran Vía, 1
Sub-Central en Madrid. Alcalá, 45

Capital autorizado.....	450.000.000 de ptas.
Emitido, suscrito y desembolsado.....	353.281.000 de ptas.
Reservas.....	990.000 000 de ptas.
Capital desembolsado y reservas	1.343.281.000 de ptas.

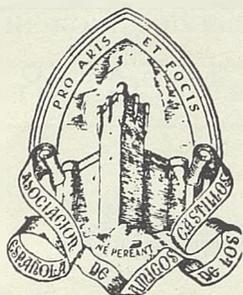
156 SUCURSALES

71 Agencias Urbanas en: Alicante (1), Baracaldo (1), Barcelona (15), Bilbao (7), Córdoba (2), Elizondo, Granada (1), Las Palmas de Gran Canaria (1), Madrid (24), Málaga (1), San Sebastián (1), Sevilla (3), Tarragona (1), Valencia (7) Vitoria (1) y Zaragoza (3).

67 Agencias de pueblos en diferentes provincias
Extensa red de Corresponsales Nacionales y Extranjeros

SERVICIO DE RELACIONES EXTRANJERAS
especializado en la tramitación de toda clase de operaciones relacionadas con el comercio exterior.

(Aprobado por la Dirección General de Banca, Bolsa e Inversiones con el n.º 2.396)



QUENTRAMOS en el octavo año de nuestra amistad en la afición y el amor a los castillos. En este número 27 del BOLETIN que funde la fraternidad de los que animamos la Asociación y festejamos, en estos días, la Natividad del Señor.

En tan breve y tan largo período procuramos todos nosotros hacer lo posible por cumplir los fines de la entidad a que pertenecemos, y podemos decir que si mucho se ha conseguido, poco es lo que logramos. Campeamos solos, sin ayuda de nadie, y esa la razón de la afirmativa negación. Pero continuamos y con esperanzas de días más prósperos.

Esa esperanza que llevamos a la Asociación es la que conducimos a nuestros consocios en esta fecha de alegría, de unión y de fe.

A TODOS, FELICES PASCUAS.

S U M A R I O

	<u>Págs.</u>
Portada. Dibujo de Villa Amil.	
Editorial: La reconstrucción del castillo de Carlos V..	135
Las atalayas de Alcalá la Real, por Valeriano del Castillo y Benavides.....	137
La Sierra, la villa y el castillo de Corbera, por Lamberto A. Castello.....	149
El castillo de San Felices de los Gallegos (Salamanca), por Diego Manzanera.....	155
Tradiciones y leyendas de los castillos de España (continuación), por Federico Bordejé.	158
Excursión a Cuenca, por José Rico de Estasen....	161
Excursión a Villacastín, Arévalo y Madrigal de las Altas Torres, por Federico Bordejé.....	165
Una noticia muy interesante.....	178

BOLETIN DE LA ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE AMIGOS DE LOS CASTILLOS

AÑO VII | OCTUBRE-NOVIEMBRE-DICIEMBRE 1959 | N.º 27

DIRECTOR: LUIS DE ARMIÑAN

Depósito legal. M. 941. 1958

Editorial

La reconstrucción del castillo de Carlos V

CON motivo de la llamada Paz de los Pirineos en su tercer centenario, los periódicos de España y Francia han hablado largamente del castillo-palacio del Emperador Carlos V, de Fuenterrabía, tratando de su reconstrucción y de su exposición sobre motivos históricos hispano-franceses.

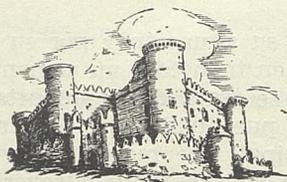
Para la Asociación Española de Amigos de los Castillos no puede pasar por alto una conmemoración como ésta que nos disponemos a comentar, siquiera sea ligeramente, puesto que allí se trató, por ambos países, después de los relevantes actos en él desarrollados, resaltados con la presencia de brillantes comitivas capitaneadas por los Ministros de Asuntos Exteriores de Madrid y París, de muy importantes obras de reconstrucción y restauración llevadas a cabo en dicha fortaleza histórica.

Fuenterrabía, por su situación y por su pretérita importancia histórica, merece en todo caso un comentario editorial siempre, máxime cuando se trata de su importancia en materia de arquitectura militar, pues nada más llegar a ella nos sale al paso su puerta principal, que resiste todavía la gloriosa pesadumbre de su escudo de armas, y la severa mole del castillo-palacio de Carlos V, cuya cripta recuerda la magnificencia de San Marcos, de León, y cuyas glorias fueron cantadas por el célebre literato M. de Rochefort.

El fundador primitivo de la fortaleza de Fuenterrabia parece que fue el rey navarro don Sancho Abarca, quien en las estribaciones del monte Jaizquibel y en la margen derecha del río Bidasoa, sobre una mediana elevación, fortificó una población y elevó un castillo, dándole al conjunto el nombre de Ondarrabia o Fuenterrabia. Sancho el Fuerte, también Rey de Navarra, amplió y completó la hermosa fachada que lleva su nombre. ¿Cómo era el recinto amurallado de Fuenterrabia, asomándose a la frontera de Francia, hace más de un siglo? Tratando de la población y sus afueras, escribía don Joaquín Madoz, hacia 1845: «El ámbito de la ciudad por sus murallas es como de dos mil pasos y se halla rodeada desde el norte, por oeste y parte del sur de un ancho foso, y defendida por el este y sur por la ría del Bidasoa; pero de todas sus fortificaciones, aunque siempre fue castillo y plaza de armas, sólo existen un baluarte, enteramente conmovido por las minas, dos cubos muy maltratados por la misma causa, largos trozos de lienzos de muro y la casa fuerte del Emperador Carlos V.»

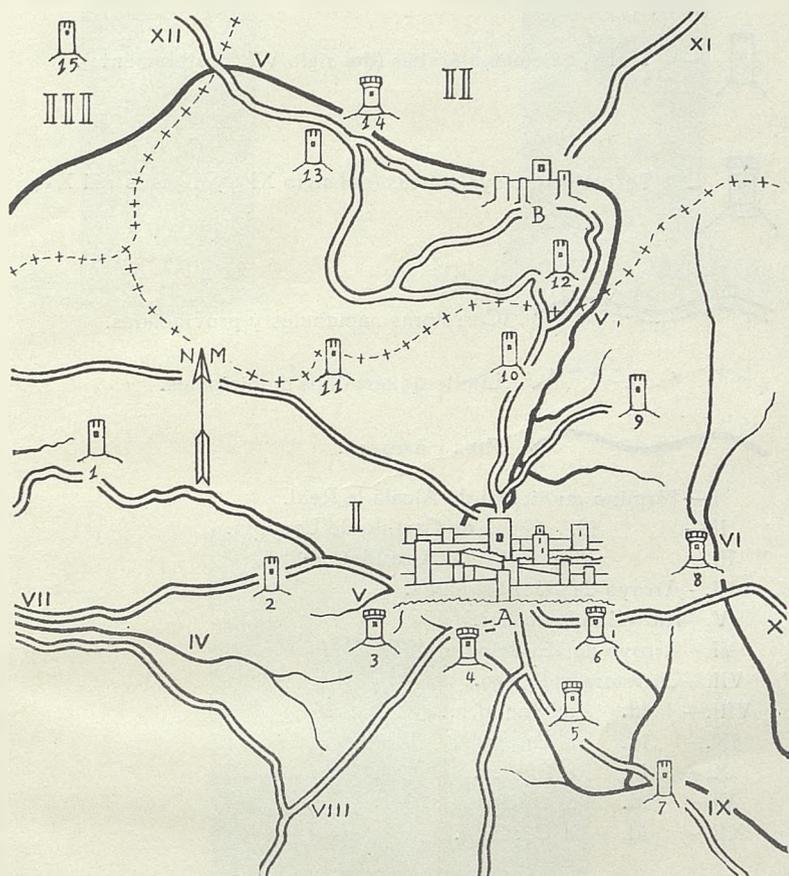
Después de levantarse el castillo de Ondarrabia o Fuenterrabia en 1190 por el Rey de Pamplona, el Rey de Castilla Alfonso IX le concedió al recinto fronterizo grandes privilegios en 1203, señalándole tierras y jurisdicciones para que sus alcaides pudieran vivir con dignidad. Desde entonces la historia del castillo de la falda oriental del promontorio Olarso está nutrida de hechos bélicos y políticos famosos, tal y como de su situación geográfica podía esperarse, disputándose la posesión de Fuenterría siempre españoles y franceses. Dice un cronista que «el Emperador Carlos V, inmediatamente de tomar la ciudad, mandó reparar sus fortificaciones convenientemente. Se levantaron tres fortísimos baluartes: el de la Reina, el de Leiva y el cubo de la Magdalena, circundando todo de recias murallas».

Esta es, más o menos, la historia del castillo que tomó a los franceses el sargento Leguía, año 1813, en la guerra de la Independencia.



Las atalayas de Alcalá la Real

POR VALERIANO DEL CASTILLO Y BENAVIDES



Croquis de las Torres de atalaya.

CONSIDERÁNDOLO complemento necesario a las noticias sobre la famosa fortaleza de La Mota o de Aben-Zayde, como también hubo de nombrarse, de Alcalá la Real, que nos fueron publicadas amablemente por este BOLETÍN, en su número 12 (año III,

Explicación del croquis

A.—Fortaleza de «La Mota» en Alcalá la Real.

B.—Castillo de «Las Cuevas» en castillo de Locubín (virtualmente desaparecido).



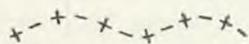
— Torres de atalaya árabes (del siglo VII, posiblemente).



— Torres de atalaya góticas (del siglo XIV y algunas del XV).



\ Carreteras nacionales y provinciales.



Límite de términos municipales.



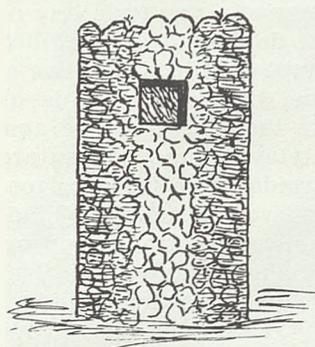
Ríos y arroyos.

- I.—Término municipal de Alcalá la Real.
- II.— id. de Castillo de Locubín.
- III.— id. de Alcaudete.
- IV.—Arroyo de «Guadalquíta».
- V.—Río «Guadalcotón».
- VI.—Arroyo de «El Salogar».
- VII.—Carretera a Priego.
- VIII.— id. a Montefrío.
- IX.— id. a Granada.
- X.— id. a Frailes.
- XI.— id. a Valdepeñas.
- XII.— id. a Córdoba.

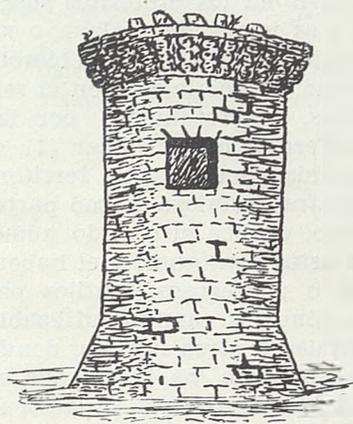
enero-febrero-marzo de 1956), tratamos de bosquejar una relación, lo más completa posible, de las atalayas o castillejos salpicados estratégicamente, formando un bello marco castrense, en lo que fue campo de jurisdicción de la precitada fortaleza, con algunas alusiones a su historia y arqueología.

En el croquis que ilustra estas líneas hemos pretendido señalar, con la mayor fidelidad posible, el emplazamiento de estas atalayas, deseando dar en él al lector idea, siquiera sea aproximada, de su situación e importancia en nuestro panorama,

TORRES DE ATALAYA



N.º 1



N.º 2



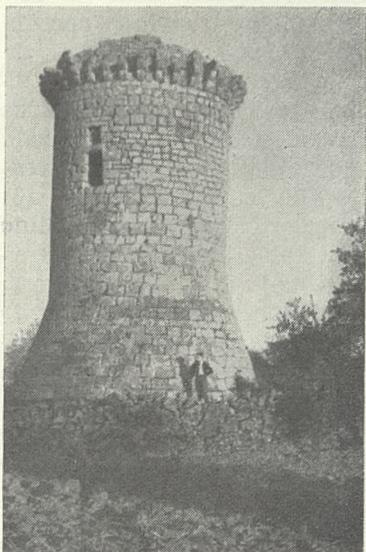
Atalaya de «Charilla» (n.º 9), tipo árabe, estado actual

pues en su mayor parte visibles desde las torres y murallas de la antigua fortaleza de Aben-Zayde, pregonan su importancia y poderío en los pretéritos siglos del medievo.

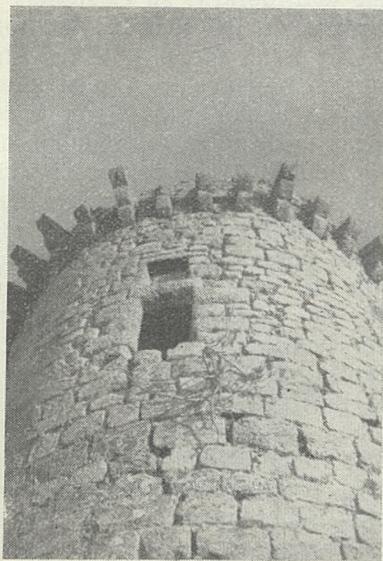
Las torres de atalaya o atalayas, como se nombran en las crónicas castellanas, debieron ser muy utilizadas en la Edad Media, especialmente en el reino de Granada, de donde hay noticias, concretamente, por la crónica de los Reyes Católicos, de Fernando del Pulgar (1), de que hubo multitud de ellas esparcidas por todo su territorio, lo que, habida cuenta de que nuestra fortaleza formó parte durante luengo tiempo de aquel reino, explica el crecido número de atalayas que se levantaron en estos contornos, y el haberse construido sobre terrenos rocosos o pedregosos, inútiles para el cultivo agrícola y alejados de cómodos caminos utilizables para el transporte de sus materiales a otros lugares, donde se les hubiese dado empleo menos honroso, ha hecho que el hombre no haya contribuido de manera decisiva a su destrucción, y tal vez por ello, pueden contarse tantas en nuestros alrededores en la época actual, a pesar del abandono en que permanecen.

Forman con sus airosas siluetas, una especie de cinturón en derredor de la dicha fortaleza de La Mota, como una línea avanzada que, vigilante, la defendiese de posibles sorpresas del enemigo, y se extienden por las tierras del castillo de Las Cuevas de Castillo de Locubin, su antiguo feudo, como se señala en el croquis. Las mentadas torres—pues torres escuetas son las atalayas a que nos referimos—están colocadas sobre lugares elevados, crestas o cerros, desde los que se dominan las múltiples cañadas practicables, o pasos, que forma la accidentada topografía de la comarca, por ser aquel enclavamiento necesario, para cumplir su cometido de vigilancia, impuesto por la poliorcética medieval en cuanto a la defensa de la plaza, y su misión de comunicar las alarmas que pudieran producirse, por la presencia de las huestes de Castilla, mientras la dominación árabe y de las de Granada durante la castellana, de una en otra hasta la fortaleza, mediante almenaras, de ahumadas de día y de fuegos de noche, se producían por las hogueras que encendían en sus plataformas, las guardias que las ocupaban; guardias de atalaya, que parece ser estaban formadas por dos hombres en cada torre, normalmente, según se colige de las relaciones de las crónicas antes aludidas. Así, en la de los *Hechos del Condestable Don Miguel Lucas de Iranzo*, de Pedro de Escabias (1), al capítulo 46, dice: «..., y dos escuchas que

(1) Edición y estudio por don Juan de Mata Carriazo, Catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras, de la Universidad de Sevilla, publicadas en la Colección de Crónicas Españolas de Espasa-Calpe, S. A., Madrid.



Atalaya de «El Cascante» (n.º 6),
tipo gótico, estado actual.



Detalle de la ventana alzada
de la atalaya de «El Cascante»
(n.º 6).

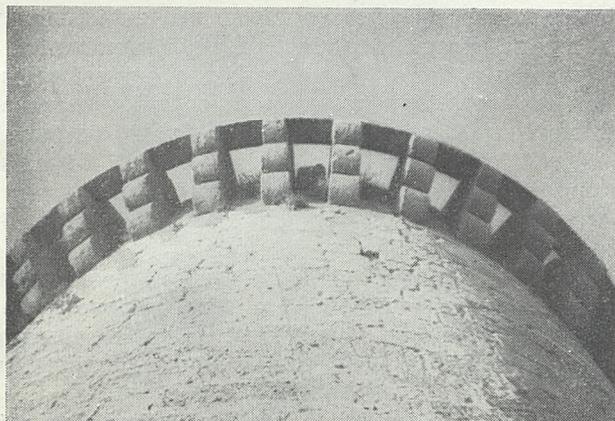
mataron quando venían, que estauan en el atalaya de La Ca-beça, camino de Cambil...», refiriéndose a un ataque a Jaén, de los moros granadinos, en el año de 1470; en otros pasajes de la misma crónica, se hace mención de la muerte o captura de más de dos moros, en la destrucción por los cristianos de dos atalayas, y en la crónica de don Alvaro de Luna, de Gonzalo Chacón (1), al capítulo 35, dice: «... Fue a sentar con su hueste en un cerro que es allende de la villa, contra la Vega: allí estaba una torre atalaya, en que avía ciertos moros...», cuando al referir la entrada que hizo el Condestable en tierras de Granada, en el año de 1431, relata su paso junto a la villa de Illora, de lo que se infiere, que eran más de uno; mas considerando las dimensiones relativamente reducidas de la única pieza habitable que hay en estas torres, nos inclinamos a creer que corrientemente no pasarían de dos, como antes hemos dicho.

La edificación de estos parajes de las torres de atalaya debió comenzar, con toda posibilidad, durante la dominación alarabe, seguramente con la construcción del castillo de Hezrralquilah o de Las Pencias, como también se llamó esta fortaleza en sus orígenes, y pudiérase afirmar que en el mismo siglo VIII, aunque de ellas no se halle mención en las crónicas locales de las sucesivas conquistas, que, a partir del año de 1213. varios Reyes castellanos hicieron de la villa, ni en la de la Reconquista definitiva, por el Rey don Alonso XI, en el año de 1341; pudiendo explicarse esta falta de referencias por lo sucinto de sus textos, en las primeras, y en la de la última, por considerarse su existencia cosa natural y corriente en los campos de los castillos del reino granadino.

No serán muchas de las atalayas conservadas por aquí, las que no hayan sido reconstruidas sobre los cimientos de las primitivas en los últimos siglos de la Reconquista. Repetidas crónicas cuentan cómo muchas de ellas, de las que quedaron en los límites de los reinos cristianos y árabes, fueron derrocadas por unos u otros, y manteniéndose esta villa, después ciudad, en frontera durante más de siglo y medio, sufriría en sus atalayas parecidas destrucciones a las que soportó el limitrofe castillo de Montefrío, entonces en tierra de moros, que vio derribar las suyas, como se desprende de la crónica de los *Hechos del Condestable Don Miguel Lucas de Iranzo*, citada antes, al capítulo 18, que dice: «... a correr a Montefrío. Y en aquel día se derrocaron dos torres de sus atalayas más propincuas al dicho lugar, y en el conbate dellas tomaron dos moros e prendieron vno», y más adelante continúa: «Y ese día se derrocó otro atalaya que quedaua a los moros; de que se touieron por asaz quebrantados, porque no les quedaua guarda ninguna», al referirse a la entrada que, por Alcalá la Real, hizo en tierras



Atalaya de «La Moraleja» (n.º 5), tipo gótico, estado actual.

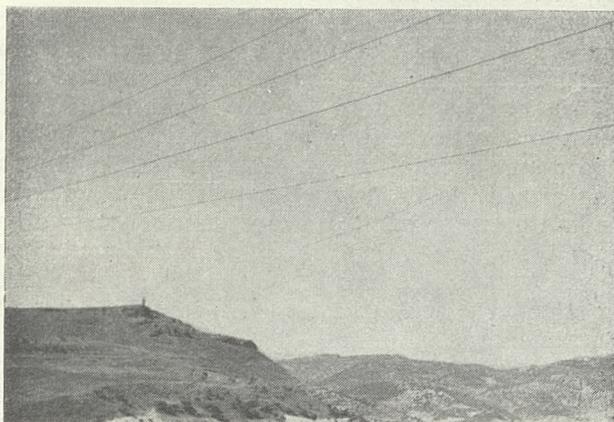


Detalle de la guirnalda de la atalaya de «La Moraleja» (n.º 5).

de Montefrío el Rey don Enrique IV, acompañado del Condestable Iranzo y otros caballeros, en el año de 1464; de lo que se detrae como lógica consecuencia, que el castillo de Montefrío antes mentado sólo tenía en sus alrededores tres atalayas, a pesar de ser importante en aquel tiempo, muchas menos que nuestra fortaleza, y que bastantes fueron derrocadas, lo que supone su reconstrucción para poder mantener el estado de defensa conveniente, la que debieron realizar los granadinos y los castellanos, en sus respectivos territorios; coligiéndose este aserto de un pasaje del manuscrito inconcluso del Licenciado don Sancho de Aranda, sobre el linaje de su familia en esta ciudad, comenzado, según declara, en 1.º de enero del año de 1548, cuando cumplía sesenta y ocho años de edad, que al ocuparse de su antepasado don Rodrigo Alonso de Aranda, en el libro IV, al capítulo I, dice: «... tubo copia de moros Cautibos tantos para ellos hizo en su cassa masmorra para que se encerrasen de noche con el seruicio delos quales Labro y defigio dos torres en el camino para talayas Lavna sobre lapeña el yesso camino de Granada de man puesto y laotra mas principal y mayor depiedra cortada Ylabrada consu guirnalda porlo alto ques laque estamas Cercana de la Venta del dicho camino...»; estas dos reconstrucciones, pues ello y no otra cosa serían, se realizaron hacia el año de 1445, en el reino de don Juan II; deduciéndose de la relación transcrita, a más de la mano de obra que en ellas se empleaba, los dos tipos de torres de atalaya, a que responden todas las que rodean la muy hidalga fortaleza real de Aben-Zayde.

A pesar de las posibles reedificaciones que de las atalayas debieron hacerse por moros y cristianos, a las que hemos hecho referencia, se advierte escasa evolución en la técnica arquitectónica de sus fábricas, como se aprecia comparando las que permanecieron en poder de los granadinos hasta finales del siglo XV, con las que estuvieron por los castellanos cerca de dos centurias; así ocurre con la de Moclin y Puerto de Lope, al Sur, y las de Alcalá la Real y Castillo de Locubin, e incluso entre ambos grupos y las de Alcaudete, al Norte, en las que tiempo antes fueron tierras de Castilla, que pueden decirse idénticas, en cuanto a las construídas de mampuesto, a que hace alusión el Licenciado don Sancho de Aranda, en el pasaje inserto de su citado manuscrito, pues las que dice edificadas de piedra cortada y labrada, sólo se encuentran entre las nuestras, una en el actual término de Castillo de Locubin y cinco en el de esta ciudad.

De los dos tipos de torres de atalaya dichos, las más antiguas, algunas seguramente del siglo VIII, son de construcción árabe, y aunque muchas de ellas fueron reedificadas por los



Atalaya de «La Nava» (n.º 12), tipo árabe, emplazamiento.



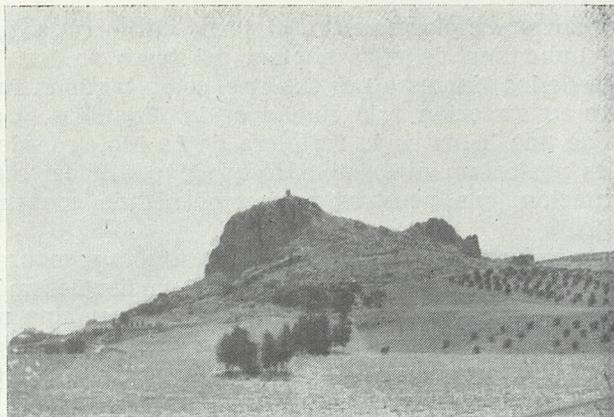
Atalaya de «El Cascante» (n.º 6), emplazamiento.

cristianos, conservaron las características de su arquitectura original; están construidas de mampostería, con piedra irregular, de forma cilíndrica, su planta circular tiene un diámetro de unos cinco metros, y su altura total a las almenas debió ser de doce metros aproximadamente. La parte inferior de las torres es maciza y en la superior está la única estancia, también circular, cubierta por una bóveda, sin más luz ni ventilación que la de la ventana alzada, de forma rectangular, que les servía de entrada mediante una escala, y están coronadas por una plataforma, que tiene acceso desde la pieza mencionada, con parapeto almenado, que descansa directamente sobre el muro, habiendo existido en el centro de ésta una especie de hornillo, para hacer las almenaras.

Las más modernas debieron ser edificadas por los castellanos, en su mayor parte, sobre los cimientos de otras antiguas arruinadas, a partir de la reconquista de la fortaleza de La Mota, mediando el siglo XIV, y presentan una indudable influencia del gótico militar; son algo mayores que las árabes y difieren de ellas en su aspecto exterior, aunque también son redondas y tienen la misma estructura en el interior. Están construidas de sillería, de piedra cortada y labrada, se inician en una escarpa formada por un tronco de cono de tres metros y medio de alto, con un diámetro máximo de ocho metros y mínimo de cinco y medio, aproximadamente; sobre esta base menor y con el mismo diámetro, se alza el cuerpo de la torre, de forma cilíndrica, coronado por una plataforma, de unos siete metros de diámetro, con guirnalda, consistente ésta en un parapeto almenado sustentado por canes triples, que todavía conservan, y matacanes entre ellos. La altura de estas torres hasta las almenas sería como de trece metros y medio; tienen maciza la parte inferior, al igual que las otras, y en la superior, cubierta por bóveda, una única habitación, desde la que se sube a la plataforma, con su entrada por una ventana alzada, de forma rectangular, como en las anteriores se indicó, con el consabido hornillo, al que se hizo referencia.

Las torres de que nos venimos ocupando, entre las que, dentro del mismo tipo, hay algunas diferencias de dimensiones, carecen en absoluto de elementos ornamentales, y esta sobriedad hace resaltar su carácter guerrero, que concuerda perfectamente con el adusto paisaje en que se hallan enclavadas, prestándole una heroica fisonomía.

Sobre el territorio que fue de la jurisdicción de la fortaleza de Aben-Zayde, de Alcalá la Real, que alcanzaba poco más o menos a lo que hay son los términos de dicha ciudad y de Castillo de Locubin, hay actualmente doce torres de atalaya, en peor o mejor estado, y tres localizadas, totalmente destruidas,



Una de las atalayas de Mochin, tipo árabe, emplazamiento.

que hacen un conjunto de quince, todas marcadas y numeradas en el choquis. De ellas, las de La Dehesilla (núm. 4), La Moraleja (núm. 5)—que es la segunda de las que menciona el Licenciado don Sancho de Aranda en el manuscrito que venimos mentando—, El Cascante (núm. 6), Santa Ana (núm. 8) y El Cañizar Baja (núm. 14), son del tipo más moderno, de marcada influencia gótica, y están en buen estado de conservación, pues sólo tienen derruido el parapeto almenado, lo que permite apreciar sus características arquitectónicas, habiendo sido también gótica, igual a las anteriores, la de Guadalquita (núm. 3), desaparecida y localizada. Las restantes, las de Fuente Alamo (número 1), La Nava (núm. 12) y El Atranque (núm. 15), que se conservan en regular estado, y las de Los Pedregales (núm. 12), Charilla (núm. 9), Las Mimbres (núm. 11) y El Cañizar Alta (número 13), en mal estado, corresponden al tipo árabe, y en varias aún pueden observarse los detalles de su arquitectura. También árabes eran las de La Peña del Yeso (núm. 7)—la primera de las aludidas en el manuscrito tan citado del Licenciado don Sancho de Aranda—y La Acamunia (núm. 10), desaparecidas, la última durante la gloriosa Cruzada de Liberación, y localizadas. Los nombres con que se les designa son los que tradicionalmente se les han venido dando, a muchas desde la Edad Media, los que generalmente tomaron del paraje en que fueron erigidas.

Su número y situación y la topografía accidentada en que se asientan, junto con su vecindad al reino de Granada, hace suponer que estas atalayas debieron ser más de las que conocemos, pues de las que se supone existieron entre la de La Peña del Yeso y las de Moclin, hacia el Sur, ignoramos tanto las que

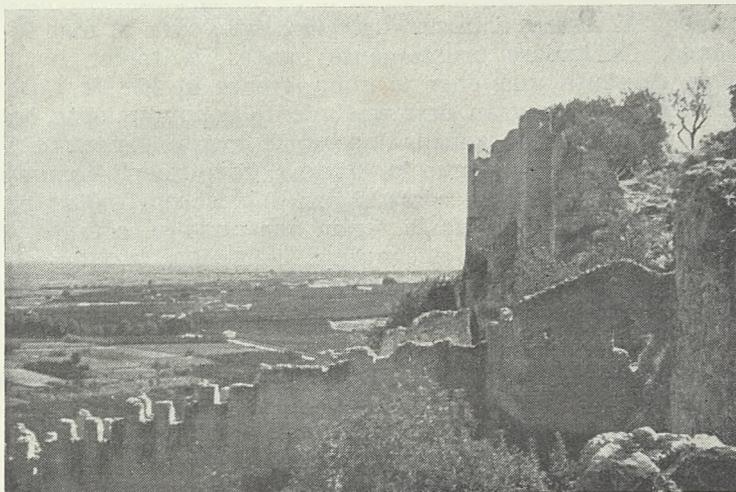
fueron como su emplazamiento, si bien, afirma una tradición oral, que hubo una de ellas encima del cerro de La Jineta o La Cabeza de los Jinetes o Los Cenetes, como también fue nombrado, sito en dirección a la ciudad de la Alhambra, a cosa de algo más de una legua de la fortaleza de La Mota, desde la que el cerro es perfectamente visible, lo que puede hacer sea cierta esta afirmación, que nosotros no hemos podido confirmar por otro medio.

Creemos poder dar por sentado que nuestros alrededores constituyen uno de los panoramas castrenses medievales más interesantes, pues sobre un agreste paisaje, junto con una muy famosa fortaleza, la de Aben-Zayde, conservan casi completo, y es muy fácil de completar, su cinturón de puntos de defensa avanzados, que son sus torres de atalaya, a las que se debe incluir en la declaración de monumento histórico-artístico, que se concedió a aquélla, como elementos inseparables de su sistema de fortificación. Con ello podría conseguirse, al menos, el debido respeto a sus venerables piedras, mudos testigos de mil gestas heroicas por la reconquista del solar patrio, en su sublime elocuencia histórica, amenazadas de total desaparición si persisten en el lamentable estado de abandono en que se encuentran, y en el que han permanecido desde hace siglos, lográndose así rescatar de la destrucción y del olvido una preciada pieza para la historia de España, constituída por una de las plazas fuertes más famosas y heroicas de las que fueran en la Andalucía oriental y todo su sistema de defensas, que tal vez sea un ejemplar no muy corriente.

Por lo que necesariamente hemos de suplicar al Excelentísimo Sr. Presidente de la Asociación Española de Amigos de los Castillos, a los señores miembros de su Junta rectora y a todos nuestros consocios que, aunando sus valiosos esfuerzos, traten de conseguir de los poderes públicos que los anhelos que nos han movido a escribir estas cuartillas lleguen a ser realidad y pronto podamos tener a las torres de atalaya, de Alcalá la Real, declaradas monumentos histórico-artísticos, y después, reconstruídas y conservadas juntamente con la fortaleza de La Mota, por la que tantas muestras de predilección ha dado el Ilustrísimo Sr. Arquitecto Jefe de la 7.^a Zona de Monumentos—al que hacemos patente nuestro agradecimiento—, con lo que se vería aumentado el muy crecido catálogo monumental de la Patria, al completarse y enriquecerse extraordinariamente un monumento histórico-arqueológico, de no escasa importancia, situado en estratégico punto de la ruta turística, por carretera, de Córdoba a Granada.

La Sierra, la villa y el castillo de Corbera

POR LAMBERTO A. CASTILLO



Detalle interior del castillo y albacar de la fortaleza.

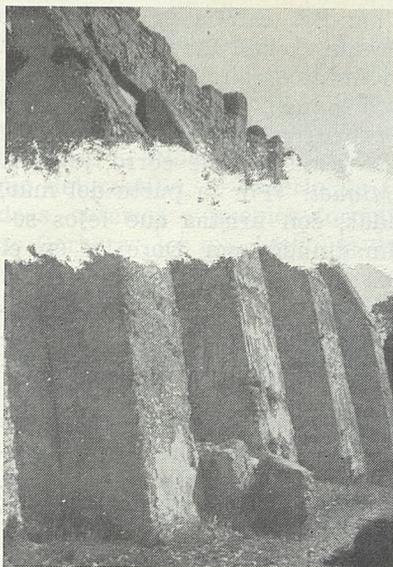
AL sudeste de Valencia, en la vasta ribera de la margen derecha del río Júcar, cerca de su desembocadura, se alza majestuosa, pintoresca y llena de sugestivo encanto la Sierra de Corbera; son aquellos perfumados montes de *Alfondech* que prestaron sostén y abrigo a la populosa ciudad romana *Sucro*, emplazada no lejos de sus pies, y a la también latina *Laurona*, que se asentaba al borde de sus faldas de la vertiente septentrional. Sus cumbres son jóvenes y forman un cresterio de dientes afilados y de anárquica belleza, que, al contraste de la luz reflejada de sus cimas con los clarososcuros de los pliegues y repliegues de sus faldas, avivan la imaginación al contemplarla en un amanecer limpio. Es una verdadera muralla inexpugnable entre la llanura de la ribera baja del río Júcar y el mar y las tierras del Sur; con suave y amplio abrazo acoge una extensa zona de feraz tierra que limita con la cinta viva y de perezoso andar de las aguas del Júcar y el pecho ciclópeo de su colosal naturaleza.

La Sierra Corbera pertenece al núcleo meridional del sistema Ibérico-Mediterráneo, dentro del País Valenciano, de orien-

tación noroeste-sudeste, que forman las montañas de Coroche, Sierra del Ave, Montot, Sierras de Enguera, Corbera, Agulles y Monduber; pero a pesar de ello está casi por completo separada de él, pues tan sólo toma contacto en sus raíces por la parte del *Portijol de Valldigna*. Arranca de la *Muntanyeta de San Salvador*, en Alcira, e inicia dirección Este, cara al mar Mediterráneo, elevándose bruscamente; antes de torcer hacia el sudeste presenta una enorme sima, frente al *Pla de Corbera*, ocasionada por un gran desprendimiento o hundimiento de rocas y tierras de toda aquella ladera del monte, fenómeno ocurrido en el año 1783; sigue la Sierra Corbera, con el monte de *Les Coves*, que se halla cortado por el paso del *Collao de les Fontanelles*, por donde va la senda que pone en comunicación la villa de Corbera con el convento de *La Murta*; inmediatamente se eleva más y más, hasta culminar en el pico *Cavall Vernat*, corrupción del primitivo nombre ibérico *Carall Vernat*, que lo califica con grafía rotunda y primitiva; continúa esta Sierra hacia el Norte en una serie de crestas muy agudas, cuyas laderas están cortadas a pico, y que forman el *Tallat Blanch*, La Regalá, Les Orelles d'Ase y, ya cerca del mar, se ensancha en un amplio macizo de cumbres redondeadas y achatadas llamado *La Mola*, a 623 metros sobre el nivel del mar, que es la cota más alta de toda la Sierra; desde este punto, Sierra Corbera desciende más brusca que se elevó en su comienzo, se precipita hacia el mar; pero muere antes de llegar a su orilla, dejando un amplio paso.

Desde la vertiente septentrional arrancan, como espolones del eje principal de Sierra Corbera, dos pequeñas colinas, que detienen las tierras de aluvión que las aguas descarnan de las laderas de esta Sierra y que los siglos han depositado y cegado casi por completo los amplios barrancos de *Les Coves* y *El Clavell*, hoy convertidos en vergeles de naranjos, cuyos frutos gozan de merecido renombre en todos los mercados del mundo. En la primera colina, en la *Muntanyeta de Carlos*, encima del manantial de aguas potables de Aliño, se asentó la primitiva Corbera. En el espolón segundo, en la colina oriental, sobre un cerro cónico, que domina el abanico abierto de la amplia ribera del Júcar que se extiende a sus pies, se levanta la que fue formidable fortaleza del castillo de Corbera; sus históricas ruinas se mantienen en pie como héroe mitológico ante el paso de los siglos, y desde lejos conserva aún un imponente empaque de plaza fuerte.

A los alrededores de la Sierra, como estribaciones de la misma, existen algunos cerros, pequeños montículos que afloran como islas sobre el mar de verdes infinitos a la alfombra de oro de la dilatada marjar por la parte de Favareta y Tabernes; en



Tirantes o contrafuertes
de la torre central
o del homenaje.



Túnel o puente de entrada
del castillo romano
de la villa de Corbera.

uno de ellos, en la *Muntanyeta del Rei*, estaba la alquería de *Alcudiola*, hoy desaparecida; y, frente al castillo de Corbera, la *Muntanyeta de San Miquel*, que culmina en una ermita. El gran novelista valenciano Vicente Blasco Ibáñez, en su novela «Entre naranjos», describe la Sierra de Corbera y la Ribera, situando al protagonista de su narración en la cima de este cerro, junto a las ruinas de la *Ermita de San Miquel*: «Por la parte del mar, las montañas angulosas, esquinadas, con aristas que lejos semejan los fantásticos castillos imaginados por Doré; y en el extremo opuesto, los pueblos de la Ribera alta flotando en los lagos de esmeraldas de sus huertos. Rafael, incorporándose, veía por detrás de la ermita toda la Ribera baja; la extensión de arrozales bajo la inundación artificial; ricas ciudades, Sueca y Cullera.»

El emplazamiento del castillo de Corbera, desde el punto de vista estratégico, es inmejorable; sus constructores, los romanos, supieron levantarlo en un lugar preciso; a sus espaldas, una imponente sierra de montañas; sus muros, sobre un altozano aislado, y desde sus almenas se puede vigilar la costa del Mediterráneo. Con su hermano, el castillo de Cullera, cerraban el paso por la ancha y llana vía fluvial del Júcar hacia el interior del país. Estas dos fortalezas protegían las ciudades romanas de *Sucro* y *Laurona*; desaparecidas éstas, el castillo de Corbera a través de los tiempos, como Torre-Señora, se creó un importante y dilatado dominio. Si contemplamos desde sus muros la gran planicie que se extiende a sus pies, gozaremos de un paisaje que embriaga el espíritu y los ojos, y con los recuerdos históricos veremos las realidades de ayer y de hoy; a la derecha toma relieve el brochazo de vivo añil del mar, que contrasta con el azul purísimo del cielo; más cerca, rapando las faldas de la Sierra, Signen, Alcudia o Alcudiola, Benibuquer, Beniatzir, Benilotja, Nacla, Liberia (caseríos o aldeas desaparecidos hoy por completo) y Laurin (la antigua Laurona, hoy el rico y próspero pueblo de Llauri); bordeando el río Júcar, Matada (caserío muy importante en los primeros tiempos de la Reconquista, del que solamente quedan las ruinas de un molino), y Fortalen, con el caserío de Alcaria (el primero es el floreciente pueblo de Fortaleny y el segundo ha desaparecido); frente al castillo, casi siempre inundada por el Júcar, la moruna Arriola (el actual pueblo de Riola); más cerca, Maçalban (del que queda solamente un molino completamente reformado), Lo Canar, Aniol y Oto (caseríos todos ellos desaparecidos); a la izquierda, Polinyá (el progresivo pueblo de Poliñá del Júcar), Aytona (desaparecido el caserío, su nombre ha quedado calificando a la rica partida de tierra donde estaba emplazado), Almocada o Moncada (hoy es una pequeña ciudad muerta, solamente que-

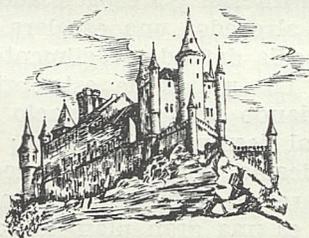
dan los solares y muros de las casas) y Meniculeymen (es el conocido poblado de Poliñá del Júcar, llamado Benicull); hacia el Norte, en la margen izquierda del río Júcar, Albalat y Almacafes (los riquísimos pueblos, hoy orgullo de la Ribera, de Albalat de la Ribera y Almusafes, respectivamente); y al pie mismo del castillo, el caserío de Corbera. Todos estos lugares, aldeas, caseríos y pueblos formaban el gran dominio del castillo de Corbera; los que luego, teniendo por cabeza la Villa y Honor de Corbera, constituyeron la Baronía del mismo nombre.

La gran fortaleza del castillo de Corbera, sin lugar a duda alguna, es de origen romano; después, los árabes hicieron grandes reparaciones en el mismo; y en los tiempos cristianos, los reyes de Valencia pusieron siempre el máximo cuidado en la conservación y equipo de tan importante plaza fuerte. La última reparación efectuada en el castillo fue con motivo de la guerra de las Germanías, en 1521, a expensas del duque de Gandía, don Juan de Borja.

Es siempre grata una visita a este castillo, que tantos recuerdos históricos evoca. Por suave senda, entre olivos y algarrobos, subimos al cerro donde está emplazado, y, antes de llegar a su puerta principal, observamos una larga rampa, cuyos muros de retención casi han desaparecido por el afán de hacer cultivable el terreno, que nos conduce frente al túnel de entrada, que está enmarcado por un arco de medio punto de airosa traza; al salir de la bóveda, que amenaza ruina, sobrecoge la atrevida construcción del castillo; sobre la roca casi vertical se elevan los macizos muros de colosales proporciones. Por un camino escalera de amplios y largos escalones, de piso empedrado y de escasa pendiente, se sube a la primera dependencia almenada del castillo, de forma paralelepípeda sobre el túnel de entrada, y en valiente construcción avanza ladera abajo; por la parte de su interior y a espacio adecuado de las almenas tiene a todo su alrededor una escalera de amplios peldaños por los que se podía defender fácilmente la entrada y acceso a la fortaleza. Los muros de esta primera defensa son fuertes y altos, quedando un gran espacio interior de mucha profundidad debido al desnivel del terreno; este foso no tiene ningún acceso practicable, por lo que se deduce serviría como mazmorra o algo parecido. Siguiendo, entramos en el recinto del castillo; todo él es una gran planicie con pequeños desniveles de forma elíptica, fortificado en su periferia por fuertes, altos y almenados muros levantados sobre la roca viva que se eleva sobre la tierra de la colina fantásticamente. Esta elipse tiene su eje mayor orientado de Este a Oeste, y su eje menor limita la construcción interior; el espacio Oeste es un gran patio de armas, donde con seguridad podrían maniobrar más de dos

mil jinetes, y en su parte baja hay un espacioso recipiente o aljibe sobre unas rocas llanas para recoger las aguas de lluvia; y en el espacio Este tiene toda la construcción de las dependencias del castillo, pero hoy, desgraciadamente, tan sólo se ven muros derruidos, pequeños solares de las habitaciones rodeados de paredes escasas donde da sus frutos algún que otro olivo joven. Desafiando al tiempo, la pared sur de la torre del homenaje se mantiene en pie; esta torre central, a deducir por este muro, debió de ser imponente, y es la que, vista de lejos, le da todo el carácter de gran belleza y colosales proporciones al castillo de Corbera. Al noreste de la torre del homenaje, y adosado a su derruido muro, en su exterior, se ven vestigios de un altar de amplios escalones erigido en honor de alguna divinidad en los tiempos romanos y luego reparado por los cristianos, ya que en este lugar, según la tradición popular, fue hallada la Virgen del Castillo, levantándole una capilla en el mismo.

La romana Tordera, la árabe Torvera, la Corvera de los cristianos, la gran fortaleza del castillo de Corbera, está muerta; pero se resiste a desaparecer. Procuremos por todos los medios y con toda nuestra fuerza y valer para que sus venerables ruinas se conserven. Las autoridades locales de todos los pueblos que estaban bajo su mando, las de la Villa y Honor de Corbera, las provinciales y las del Estado, les compete por medio de la Junta Superior del Tesoro Histórico-Artístico que esta joya histórica de nuestra Patria no se pierda para siempre.





El castillo
de San Felices
de los
Gallegos
(Salamanca)

Por  F.

DIEGO DE MANZANERA
(Trujillo)

FUE levantado por el monarca portugués don Dionis después de tomar la villa en los últimos años del siglo XIII, que poco después pasó a la Corona de Castilla.

En el siglo XIV, el castillo pasó a poder del caballero don Alfonso de Alburquerque, que fue el primer señor de la villa.

Más tarde, el castillo y la villa pasan a poder de don Sancho de Castilla, y después de su muerte, fue habitado por su viuda, doña Beatriz, infanta de Portugal, trayendo a su lado a su tierna hija doña Leonor, que vivió allí durante muchos años y que más tarde habría de ser reina y madre de muchos reyes.

El castillo de Sanfelices es de plaza única, cerrada por muralla de muy sólida construcción. Estas murallas tienen nueve varas de altura por la parte exterior y cuatro por la interior, con dos varas y media de grueso.

Actualmente se conservan casi todas las murallas en su parte exterior; en la parte interior de la plaza, en el primer cuarto del siglo actual fueron construídas casas, corrales, huertos, y las murallas, en parte destruídas; por consiguiente, el único signo que queda es la parte exterior de las murallas.

Torre del homenaje.

Un poco más tarde de construirse el castillo, al final del siglo XIV, se construyó la torre del homenaje, que, por las proporciones que quisieron dársele, hubo de hacerse un poco aislada del recinto primitivo del castillo, pero unida a él por su camisa envolvente.

La torre, que actualmente se conserva, es de sólida y bien labrada sillería, con grueso en sus muros de tres varas y un pie. La elevación de sus muros por la parte de la plaza es de 29 varas, y por la parte posterior, de 36.

Está cubierta por una bóveda apuntada de dos varas y media de gruesa en la clave. La plataforma superior está circundada por un parapeto de tres varas de alto, con sendas escalinatas para facilitar el fuego de la mosquetería.

Toda la altura de la torre en su interior estaba repartida en tres pisos con fuerte cinvigado (estos pisos, desaparecidos en el primer cuarto del siglo actual); el piso inferior se halla sobre bóveda de buena sillería, poco más elevado que el nivel de la plaza (así se conserva actualmente).

Bajo esta bóveda está el compartimento que servía para almacén de pólvora, y debajo de este almacén se repartió el cóncavo de la torre en dos separaciones: la una, un calabozo subterráneo, y la otra servía de cisterna o aljibe que recogía las aguas de la plaza y murallas, viéndose en ésta, todavía hoy, los empotrados canalones de piedra para tal objeto.

Está rodeada la torre de una camisa envolvente, toda ella de piedra de sillería (actualmente se conserva esta camisa envolvente un poco deteriorada).

Posee múltiples ventanas, algunas partidas en ajimez, con sus correspondientes asientos o estrados en el interior, el escaso saliente del adarve, que corre sobre arcos y mensulones de matacán, no calado, sino solamente simulado o de adorno. Las torrecillas o caracoles adosados en el adarve son también de adorno y están colocadas en los frentes. Las gárgolas son sencillas, sin mascarones, respondiendo a la severidad del conjunto de la obra.

Es, pues, este castillo un ejemplo típico, un magnífico ejemplar, de tipo mixto de fortalezas-palacios, en los que las cualidades defensivas se amalgamaban en feliz consorcio con las necesidades palacianas.

De las investigaciones realizadas se ha sacado como consecuencia que la actual torre del homenaje del castillo de San Felices de los Gallegos (Salamanca) fue mandada construir por doña Beatriz, infanta de Portugal, cuando vino a vivir en el castillo de esta villa con su hija Leonor, en el año 1374.

La torre del homenaje se conserva actualmente tal como se ha descrito; faltan en su interior únicamente las maderas, pero es aún sólida y fuerte.

Ultimamente, hace tres o cuatro años, se ha poblado de unos pájaros negros (chovas), que están escarvando sus paredes y que, de no ponerle remedio, pueden terminar con ella; claro que esto será dentro de muchos años.

La camisa envolvente se encuentra casi íntegra, faltan las almenas en algunas partes.

Rodeando esta camisa envolvente, por dos de sus partes, existen corrales.

Acaba de aparecer la esperada segunda edición de

CASTILLOS EN CASTILLA

por el Excmo. Sr. CONDE DE GAMAZO
con prólogo del Excmo. Sr. D. Félix de Llanos y Torriglia,
de la Real Academia de la Historia

Volumen de gran formato, 34 × 24 cm., XL + 200 págs., impreso en papel especial e ilustrado con 36 grabados en el texto y 8 planos y 46 láminas (de ellas 30 reproducciones fotográficas y 16 dibujos originales de D. Casto de la Mora).

Una de las obras fundamentales sobre la materia, magnífica guía histórico-descriptiva para el conocimiento de una treintena de castillos de primer orden situados en la región castellano-leonesa (provincias de Valladolid, Palencia, Segovia, Zamora y Avila).

Precio del ejemplar: En rústica, 360 pesetas.

En piel valenciana con estampados en oro, 470 pesetas.

(A los miembros de la Asociación, 10 % de descuento)

**Pedidos: Asociación Española de Amigos de los Castillos
PLAZA MAYOR, 27 — MADRID — TEL. 21 24 54**

Tradiciones y leyendas de los castillos de España

(Continuación.)

LA EVASION DE CESAR BORJA

SE ha discutido largamente la justicia o legalidad con que César Borja fue prendido en Nápoles por el Gran Capitán y enviado a España. Aún se conservan dos de las fortalezas que habitó, de las cuales la una es el extenso castillo de Chinchilla, en Albacete, y la otra la espléndida y conocida construcción de la Mota de Medina del Campo, en Valladolid. Fortalezas que poseen originales y valiosos elementos, si bien la primera ha sido bastante lastimada por su constante utilización como prisión. A cuenta, la Mota de Medina, convenientemente restaurada, constituye hoy uno de los ejemplares más completos de la arquitectura militar medieval.

César fue mandado tratar con respeto y desconfianza, a la vez. Tales prevenciones resultaron perfectamente fundadas. En Chinchilla, en cuya torre del homenaje fue alojado, intenta seducir al Alcaide Gabriel de Guzmán, que por orden del Duque de Maqueda guarda la fortaleza. Guzmán es hombre serio y fuerte, leal a sus deberes y misión y las sutiles proposiciones del *Duque Valentino*, cual se le denomina en la época, se mellan ante la rigurosidad del Alcaide que, por otra parte, trata con suavidad y llaneza a su prisionero, atendiéndole en todas sus demandas y necesidades.

Esa llaneza y respeto confunden al maquiavélico Borja que, hecho a las tornadizas costumbres italianas, desconoce en absoluto lo que es el carácter español. Por lo cual, contando ya sin duda con complicidades exteriores, se decide un día a recurrir al engaño para deshacerse del Alcaide, rogándole le permita subir a la alta plataforma de la torre para distraerse en la contemplación del panorama. El Alcaide accede y asciende con él. Pero cuando el prisionero finge estar más absorbido por la vista del paisaje, haciendo preguntas sobre las casas y edificios que desde allí se aparecen, agarra al Alcaide por traición y pretende arrojarlo a través de las almenas.

Por desdicha para César, Guzmán, más forzado y ágil que su prisionero, reaccionó vivamente y, asiendo al Duque por el

cuello, logró arrojarlo violentamente a tierra, donde le golpeó, afeándole su conducta. Entonces, el cínico de Borja intenta calmar las justificadas iras del Alcaide, pretendiendo que lo hecho era solamente *un juego* para probar las fuerzas y destreza de su guardador, que le habían sido ponderadas y *que muy bien habéis mostrado tenerlas*.

Esa tentativa de evasión fue puesta en conocimiento del Rey Católico, quien, para mayor seguridad, ordenó el traslado de tan peligroso prisionero a otra fortaleza más interior y seguramente más guardada, por ser propiedad de la Corona. Esa fortaleza era la de Medina del Campo, en donde ingresó a mediados del año 1505, siendo recluido, como en Chinchilla, en la planta más alta del homenaje, donde el Alcaide Gabriel de Tapia residía.

Tratado de momento con cierta rigurosidad y servido por un solo criado, Juan Grastica, la vida de César Borja en la Mota debió de ser en sus principios sumisa y disciplinada. Ello le permitió que se ablandaran los primitivos recelos, consiguiendo al cabo del tiempo el aumento de sus servidores y la asistencia de un capellán, llamado Mosén Martín, que iba a ser el inocente instrumento de las astucias del Duque y el elemento principal que le favoreció en su huida. Porque, hablándole continuamente del Papa y haciéndose pasar ante el clérigo como uno de los defensores de Cristo, *a cuyos enemigos deseaba combatir*, logró ganarle a su causa, convirtiéndole en confidente, por cuya mediación pudo ponerse en relación con algunos cómplices exteriores.

De éstos, fue el Conde de Benavente quien más y mejor le ayudó. Enemigo del Rey Católico, como partidario de su yerno, el Rey Felipe el Hermoso, el Conde veía en Borja a un elemento valioso para sus miras políticas, al que se creía seguro de dominar y manejar. De ahí su decidida protección a la fuga del prisionero, con el que pudo convenir todos los minuciosos detalles. El 25 de octubre de 1506, un lejano toque de trompeta dio la señal acordada. El Duque, con un servidor, debió lograr salvar fácilmente el cuerpo o recinto interior, desde el cual, contra lo que se enseña aún en el castillo, no hubiera podido arrojarse, por su extraordinaria altura. Acercándose a la barreira, ató una cuerda a las almenas, por la que se descolgaron ambos fugitivos, que no pudieron alcanzar el hondo foso porque, advertidos casualmente por el hijo del Alcaide, Pedro de Tapia, cortó el cable, cayendo violentamente a tierra, donde el capellán y unos escuderos del Conde de Benavente les esperaban, ocultos en el talud de uno de los torreones. El criado, malherido, fue abandonado, pagando luego con su vida las consecuencias de su hazaña. César, gravemente lesionado también,

fue recogido por los escuderos y conducido a Villalón, uno de los lugares del Conde, donde estuvo oculto más de un mes en que tardó en reponerse de su desastrosa caída. Hasta que, un tanto atemorizado el de Benavente por los procesos abiertos y las activas pesquisas que por mandato del Rey se efectuaban, trató de librarse de tan incómodo huésped, haciéndole conducir secretamente a Santander, de donde, por el mar, llegó a Laredo, para continuar por Castro Urdiales y Mondragón hasta Navarra, cuyo Rey, hermano de su esposa, le acogió con los brazos abiertos.

El proceso de la evasión se halla depositado en el Archivo de Simancas, en donde pueden verse las tramas y los fondos que la favorecieron. Los designios de César Borja al fugarse eran, como todo lo suyo, bastante misteriosos y aun siniestros. Pero tanto sus favorecedores encubiertos como el mismo César se engañaron, porque no podían prever el pronto y trágico destino que en los campos de Viana le esperaba, en donde fenecieron todas sus ambiciones y proyectos.

FEDERICO BORDEJE

(Continuará.)

Galerías

Preciados

Madrid

Excursión a Cuenca

DE gran fiesta para el espíritu puede, en justicia, calificarse la excursión que los socios y simpatizantes de la «Asociación Española de Amigos de los Castillos», al margen del ciclo organizado por ésta, llevaron a cabo, el día 11 de octubre, a la ciudad de las hoces, con breve detención en el palacio y ermita real de Riánsares, donde los excursionistas evocaron la grandeza de que rebosa aquella histórica edificación campesina.

A su arribo al lugar, separado unos 5 kilómetros de la prócer ciudad de Tarancón, se nos facilitó el acceso al templo donde se venera la imagen de Nuestra Señora de Riánsares, excelsa Patrona de Tarancón, de quien toma el nombre.

A la derecha del altar mayor, en el lado de la Epístola, se encuentra situada la cripta donde la Reina Gobernadora doña María Cristina de Borbón, quiso ser enterrada al lado de donde yacía su segundo esposo don Fernando Muñoz, duque de Riansares, cuyo cadáver, llevada de su inmenso amor, hizo trasladar a España, desde el Havre, donde falleció el 8 de septiembre de 1863.

La viuda de Fernando VII hizo construir un sepulcro igual al del muerto idolatrado, sobre el que hizo grabar una epigrafiía romántica. Pero la mencionada soberana no pudo reposar allí, ya que cuando falleció en 1878, en su calidad de Reina, madre de Isabel II, fue sepultada en el lugar que le correspondía en el panteón de Reyes del monasterio de El Escorial.

Terminada la detención en Riánsares, los excursionistas continuaron el viaje a Cuenca, adonde llegaron con tiempo para asistir a la misa que se celebraba en el bello santuario de Nuestra Señora de la Luz.

Antes de iniciar el ascenso a la parte alta de la ciudad, con el fin de captar fotográficamente sus múltiples aspectos, los excursionistas llevaron a cabo un recorrido por la hoz del Júcar. El camino fluvial de este gran río pasa por Cuenca, y es bajo los puentes de la ciudad, junto a la mencionada ermita de la Virgen de la Luz, donde sus aguas, tras arrastrarse por imponentes desfiladeros, por profundas barrancadas, se dulcifican y amansan, formando un cinturón de delicias en torno a la pintoresca población, dibujando su original estructura, infundiéndole un carácter espectacular que no posee ninguna otra de las ciudades que baña en los 498 km. de su curso.

Hablar de las originales características que, por la especial condición de este gran río, convierten a Cuenca en una auténtica ciudad de maravilla, no es empresa fácil. Capital de una



Puente y puerta del antiguo castillo de Cuenca.

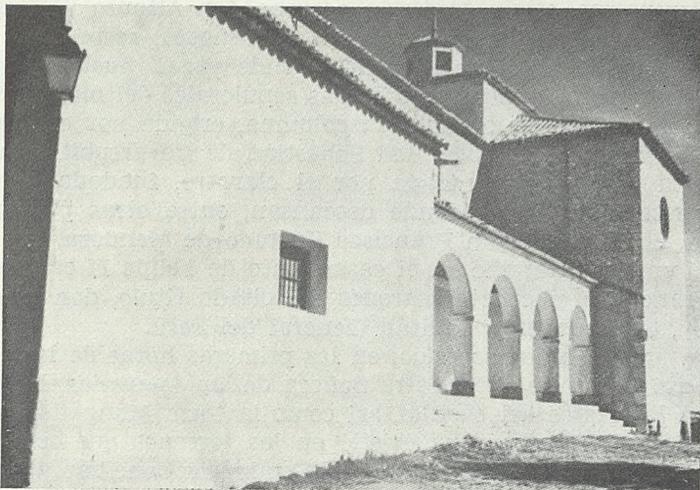
dilatada serranía poblada de pinos centenarios, los excursionistas admiraron su panorama circundante, su paisaje sembrado de arbustos, su cielo despejado, el conjunto de su naturaleza viril, que constituye el más poderoso de sus atractivos.

En el recorrido por la bella población, los miembros y simpatizantes de nuestra Asociación ascendieron por la calle de Alfonso VIII, descubriendo viejas mansiones, plazas solitarias, rúas silenciosas y escalonadas, pobladas de viejos conventos; templos abandonados, atrevidas mansiones, muchas de ellas, colgadas, suspendidas materialmente sobre el abismo.

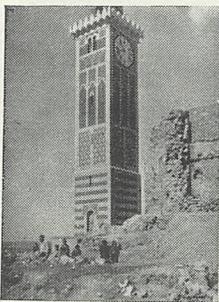
Así, pasando por el Ayuntamiento, el palacio episcopal y la catedral, museo de piedad, emoción, arte y belleza, de arquitectura normanda, de tan grandioso templo puede decirse que constituye uno de los conjuntos monumentales más hermosos de España.

Recibidos por el Vicesecretario de la Excmo. Diputación Provincial, don Ricardo Larrainzar; guiados por el entusiasta conquinense, ex concejal del Excmo. Ayuntamiento, don Florencio Cañas, y la celosa compañía de un destacado miembro del Cabildo catedralicio, los excursionistas pudieron visitar la gran basílica, deteniéndose en la contemplación de sus verjas, capilla mayor, transparente; capillas, Honda, de los Caballeros, de la Asunción, de los Apóstoles, de los Albornos; la Sala Capitular, el tesoro, el arco de Jamete, el claustro...

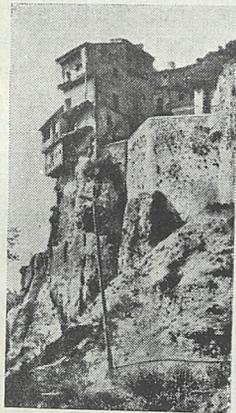
Y, al igual, en la capilla del Sagrario, ricamente ornamentada con jaspes de la provincia, donde se venera la imagen de



Palacio y ermita real de Riánsares



Torre Mangana.



Casas colgadas.

la Virgen, que, según tradición acompañó a Alfonso VIII en la conquista de la ciudad; la de los Albornoces, restaurada por don Gómez Carrillo de Albornoz, donde yacen ilustres miembros de aquella familia, bajo laudas sepulcrales del más alto interés; la del Señor atado a la columna, erigida por el famoso maestrescuela de Cuenca, don Sebastián de Covarrubias; la del Espíritu Santo, con entrada por el claustro, fundada por los marqueses de Cañete, donde descansan, entre otras personalidades, el Cardenal don Francisco Hurtado de Mendoza, que tan directamente intervino en el casamiento de Felipe II con Isabel de Francia, y el cuarto marqués del citado título, don García, Virrey, Gobernador y Capitán General del Perú.

En un detenido recorrido, en las primeras horas de la tarde, se visitó la ermita de Nuestra Señora de las Angustias, las murallas, los restos del castillo, así como la torre Mangana, reminiscencia del alcázar que existió en los terrenos que ocuparon luego el convento de la Merced, el Seminario Conciliar y la parroquia de Santa María.

El castillo se encuentra situado en la parte alta de la ciudad, separado del arrabal por un foso ancho y profundo, abierto en la roca, cruzado hoy por un estrecho puente que une Cuenca con el mencionado arrabal en el punto en que el Júcar y el Huécar, que discurren por profundos tajos, parecen querer juntarse. Este estrangulamiento permitió a los Amigos de los Castillos contemplar desde los pretilos del estrecho puente el grandioso panorama que ofrecen las dos hoces que separan el cerro en que está edificada la ciudad.

Hoy, una parte del derruido castillo, está ocupada por la Prisión Provincial, en los patios exteriores de la cual perduran las ruinas de un gran torreón y de varios cubos cuadrados.

La última parte del programa consistió en un recorrido por la hoz del Huécar, desde donde la ciudad de los bellos desniveles, en la hora tranquila del atardecer, presentaba un magnífico golpe de vista.

Cumplidos con exceso todos los objetivos del programa, los viajeros regresaron a Madrid, muy satisfechos de la excursión realizada.

JOSÉ RICO DE ESTASEN

(Información gráfica del autor.)

Excursión a Villacastín, Arévalo y Madrigal de las Altas Torres

EL viaje del día 25 de octubre tenía por objeto visitar a una iglesia, a un recinto amurallado y a un castillo. Cada uno de esos diversos monumentos ostenta y tiene méritos singulares que justificaban el esfuerzo y las molestias de la excursión, no solamente por sus valores constructivos, sino por las grandes sugerencias y evocaciones que en ellos se encarnan, como centros de unos grandes sucesos o figuras, cuyo recuerdo se impone, principalmente en Madrigal, a la reverencia y gratitud de todos los españoles.

VILLACASTIN

La mayor parte de cuantos diariamente pasan por este tan frecuentado lugar, advierten seguramente a su iglesia, situada al borde mismo de la carretera, pero ignoran su valor artístico que hace de este imponente templo un monumento ciertamente excepcional. A pesar de sus apasionadas e injustas prevenciones, propias de su tiempo y de las cerradas y mediocres ideas que le dominaban, Ponz lo consideraba ya como una construcción en la que *el estilo gótico expresaba toda su magnificencia*, en tanto que Madoz reconocía, con razón, que, salvo la catedral de Segovia, no hay en toda la provincia—ni en otras muchas—ninguna otra iglesia que la supere.

La iglesia de Villacastín es obra plena del siglo XVI, pues que fue erigida en 1529 a expensas de los vecinos del pueblo. Como es natural, por dentro se reviste de los caracteres goticistas que todavía perduraban en la mayor parte de las construcciones religiosas del tiempo, principalmente en la bóveda, cuajada de falsas, pero bellas y complicadas tracerías de nervios, que producen una sensación de rica y majestuosa grandeza, aumentada por la gran altura en que están. De ahí, la atribución del interior de este templo al mismo constructor de la catedral segoviana, el admirable arquitecto Juan Gil de Hontañón, autor también de la nueva de Salamanca, que, con su hijo Rodrigo, produjeron los milagros de hacer perdurar las referidas magnificencias del gótico, enquistadas en los amplios aires del Renacimiento. Por ello y aunque la citada atribución

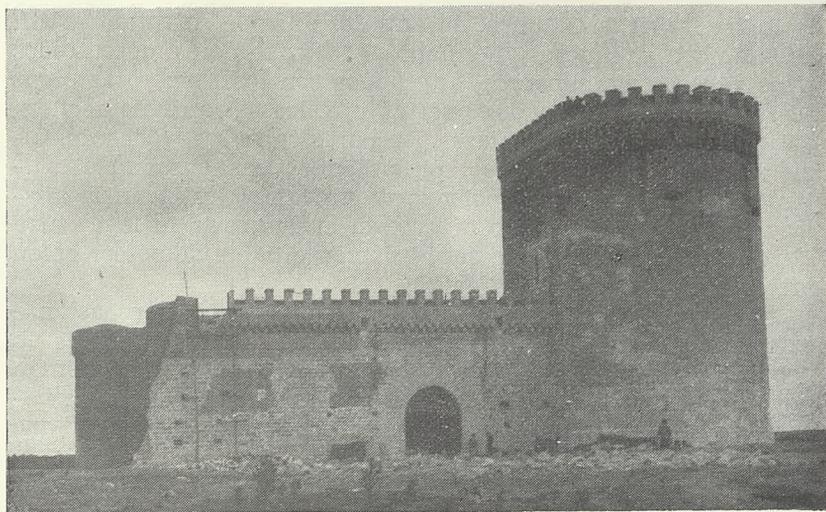
no esté confirmada, contribuye, por lo menos, a afirmar los méritos indiscutibles del templo.

Pero si al interior enseña en singular grandeza, por fuera se manifiesta con la rigidez de unas severas líneas clásicas que, secundadas por el berroqueño material que las forma, admirablemente labrado, proporciona inmediatamente otra impresión, diríamos, «escorialense», causa de que, no sin alguna razón, se haya concedido también esa obra a Juan de Herrera, cuya influencia, desde luego, según reconocía el mismo Ponz, aquí no puede negarse, sobre todo, en sus portadas greco-romanas, exornadas con buenas esculturas de igual orden.

Se ha pensado si estas producciones provienen del genio de aquel humilde lego Fray Antonio de Villacastin, a quien el Rey Felipe II y el Padre Sigüenza consideraban como el verdadero propulsor del Escorial y, cual el mismo Rey decía, «una de sus maravillas», porque sin Fray Antonio las obras del Monasterio hubieran tomado acaso un rumbo y hasta un fin muy diferentes del que felizmente tuvieron. Fray Antonio fue uno de esos productos de la tierra castellana que, dentro de la mayor humildad, encierran verdaderos mundos de inteligencia y grandeza y es triste saber que en tanto que en nuestro país esa atractiva y, en cierto modo, impenetrable figura, unida de tal modo a la ingente obra del Escorial, no ha sido apenas estudiada, se ha producido en la Sorbona, de París, una magnífica tesis, inspirada y alentada por aquel profesor español y hombre de bien que fue don Aurelio Viñas, siempre atento a estimular fuera de España, el firme conocimiento de Ella y de su auténtica historia.

Se conoce, desde luego, su intervención en la concepción del gran retablo mayor de esta iglesia que, por sí solo, es obra maravillosa. No fuera, por tanto, de extrañar que su influencia hubiera llegado también a su composición exterior que en todo anuncia su tiempo. De ese desdoblamiento entre el goticismo interno y su severo clasicismo de muros y portadas, nace ese imponente conjunto que tanto admira e impresiona a quien lo contempla.

La iglesia, de planta rectangular, con el ábside destacado, consta de tres amplias naves, divididas por seis altas y robustas columnas, sobre las que cargan sus nervadas y complicadas cubiertas. En la cabeza o presbiterio, se alza el portentoso retablo, obra mixta de arquitectura y escultura, pues, compuesto por cuatro cuerpos superpuestos, de orden jónico el bajo y del corintio los restantes, alberga a treinta y tres magníficas imágenes, cuya talla es sumamente delicada. Por un feliz acierto y a pesar de su relativa distancia, el altar se ajusta extraordinariamente al ambiente del templo, y de semejante conjun-



Castillo de Arévalo.

ción proviene la excepcional importancia de tan insigne monumento. Unas buenas pinturas, atribuidas al artista Alonso de Herrera, colocadas en los entrepaños del retablo, ayudan también a su expresión, aunque Ponz las considerara, acaso con excesiva ligereza, «infamemente retocadas».

El bello púlpito de 1596, el arco rebajado del coro, con sus viejos órganos y la capilla de la Purísima Concepción, fundada en 1608 por la familia de Tovar, cuya reja de cierre y su esférica bóveda son en extremo notables, completan, con otros pequeños retablos, la gran riqueza de la iglesia de Villacastín, digna, cual se verá, de ser conocida y admirada.

AREVALO

De Arévalo y de su rico contenido artístico nos hemos ocupado ya otras veces, destacando la belleza y variedad de sus templos, entre los que sobresalen el del Salvador, amplio y suntuoso; el de San Martín, con sus bellísimas torres románico-mudéjares; la vetusta iglesia de Santa María, cuya torre, igualmente mudéjar, se alza sobre una puerta del antiguo cerco, y el histórico convento de monjas Bernardas, alojado, desde el año 1524 en que el Emperador Carlos V lo cedió, a petición del Alcaide Ronquillo, en el antiguo Palacio Real, que, entre otras cosas y recuerdos, disputa a Peñafiel la honra de haber sido la cuna del Príncipe de Viana y que fue el lugar de residencia de

la Reina Isabel la Católica, durante los años de su infancia, allí recluida con su madre y hermano el Príncipe don Alonso. Todos estos valiosos monumentos, alternados con las numerosas casas fuertes y palacios, las dos puertas ojivales del antiguo recinto, del que también quedan leves y esparcidos restos, y el inimitable ambiente de sus calles y plazas porticadas, enseñan al viajero el recio e histórico abolengo de Arévalo y justifican la afirmación de aquel conocido distico, en el que se le incluye entre las tres villas o plazas que necesariamente había de poseer quien pretendiera ser *Señor de Castilla*.

En cuanto a su castillo, que en tiempos debió ser bastante extenso y fuerte, cual correspondía a la alta categoría de la población y a la importancia de sus antecesores, se encuentra hoy muy reducido y limitado, castigado, además, por una excesiva restauración que le ha quitado el sabor y evocación que antes poseía.

Se ha pensado que la primitiva fortaleza de Arévalo estuviera incluida en su recinto, y a ese efecto, Madoz señala como tal a la desaparecida iglesia de San Pedro Apóstol, provista, al parecer, de destacados elementos defensivos. Pero sin negar que una villa de tal importancia pudiera poseer, como otras muchas, alguna otra fortaleza interior, hay que convenir en que el actual emplazamiento del castillo, situado sobre la confluencia de dos ríos, el Adaja y el Arevalillo, no pudo ser nunca desaprovechado, y si bien la presente y reducida fortaleza, como obra indudable del siglo XV, acusa, salvo en su gran torre mayor, cierto contraste con la vetustez y antigüedad de los restantes monumentos de la villa, ello puede obedecer a una serie de reconstrucciones a que su pasado histórico diera lugar.

Por otra parte, el mismo castillo muestra la gran disminución de su original extensión, que debía comprender, a modo de albácar, a la plaza extendida ante su frente principal, en cuyo subsuelo, hoy ocupado por bodegas, se hallan, según referencias, restos de bóvedas y galerías. Los arranques de muros, aún visibles a cada lado del castillo, enseñan la existencia de un recinto exterior, y en un tosco grabado del siglo XIX, cuya copia poseemos, se dibujan unas torres contiguas al homenaje que confirman su mayor amplitud y fuerza.

En la actualidad, el castillo, convertido en silo de trigo, forma un solo y cerrado cuerpo, antiguamente dividido en dos recintos por un muro divisorio, ya desaparecido y sustituido por un moderno edificio, levantado por la restauración. Dichos recintos yuxtapuestos, casi cuadrado el primero y el otro triangular, están flanqueados en sus ángulos por sendos torreones, circulares y macizos, revestidos, como los lienzos adyacentes, por unos paramentos de ladrillo, que arrancan a unos pocos metros

de su base. Una recia y poderosa torre del homenaje, cuya masa aparece un tanto desproporcionada al resto, domina a todo el conjunto y constituye la parte principal y más admirable de la fortaleza, a comenzar por su planta peraltada, muy rara en estas torres mayores.

Detalle esencial de esa torre y, en general, de todo el castillo, son las *cañoneras* altas y bajas con que cuenta, algunas de ellas amplias y rasantes, y el perfil redondeado de sus continuos parapetos, donde se alojan algunas de esas rectangulares troneras, en tanto que sus torreones poseían unos acusados merlones, propios para la instalación de pequeñas piezas artilleras. La mayor falta de la restauración reside en no haber sabido coronar a la torre mayor y al frente principal de esos mismos adarves y troneras, sustituidos por un almenaje totalmente inventado, que en la torre aparece aún más impropio, por la pequeñez de esas almenas, también desproporcionadas a su masa y altura. Esto y el excesivo remozamiento de ese frente principal, dejado completamente *nuevo*, con la anulación, sin ninguna clase de vestigios o señales que la recordaran, de la antigua puerta, situada junto al homenaje y sustituida por otra, totalmente fabricada a los efectos de las necesidades del sitio, son cosas poco aceptables, pues que toda restauración bien estudiada y sentida, debe tratar de no borrar las partes o miembros esenciales del edificio, buscando en donde falten la adecuada inspiración o enseñanza para la composición de todos sus elementos, sin permitirse tampoco, como aquí se ha hecho con unas torrecillas alzadas en el ángulo del referido frente y sobre los modernizados adarves del homenaje, la invención de cosas que antes no existieron.

Por dentro, la obra del silo invade todo su interior, salvo el del citado homenaje, que ha sido, a cuenta, muy bien recompuesto y cuidado en todas sus plantas, incluso, en las que se hallaban reblandecidas por la ruina. Esto y la costosa reconstrucción de los lienzos y del torreón de la punta o espolón, completamente desaparecidos e inexistentes, compensa algo de los errores de las modernas obras, cuyos defectos quisiéramos se evitaran en las otras fortalezas que se restauren.

Se hace necesario exponer la fina atención del Ministerio de Agricultura, al conceder el permiso para visitar el castillo, y la llana y extremada cortesía con que el Sr. Director o encargado del silo atendió a los excursionistas, dándoles amplia libertad para recorrer el castillo en toda su extensión y proporcionándoles cuantas explicaciones le fueron pedidas. Para él y para el personal a sus órdenes van desde aquí nuestros afectuosos saludos y nuestro sincero agradecimiento.

También deseamos expresarlos al Sr. Alcalde de Arévalo, que

vino a nuestro encuentro y se puso amablemente a nuestra disposición para todo cuanto se nos ofreciera, así como al Secretario de la Sección Provincial de Avila, don Eduardo Ruiz Ayúcar, que habiendo ido espontáneamente a Madrigal para acompañarnos en nuestra visita y no hallándonos allí, por el cambio efectuado en el itinerario, vino luego a Arévalo, donde nos honró en nuestra mesa, con su presencia y su docta y agradable conversación.



MADRIGAL DE LAS ALTAS TORRES

El recinto amurallado de Madrigal de las Altas Torres justificaba por completo el nombre de la población que, como ya hemos dicho varias veces, era considerado por don Benito Pérez Galdós como el nombre más bello de todos los pueblos de España. Pero, además, era un recinto único y sin par, con el que en España, y creemos que en Europa, solamente podía compararse el de Mansilla de las Mulas, en León, si bien no era tan desarrollado. Por desgracia, ambos cercos, piezas o ejemplares verdaderamente excepcionales de nuestra antigua arquitectura militar y monumentos nacionales los dos, se hallan desmantelados y maltrechos, acaso condenados a desaparecer por la acción del tiempo y la indiferencia de los hombres.

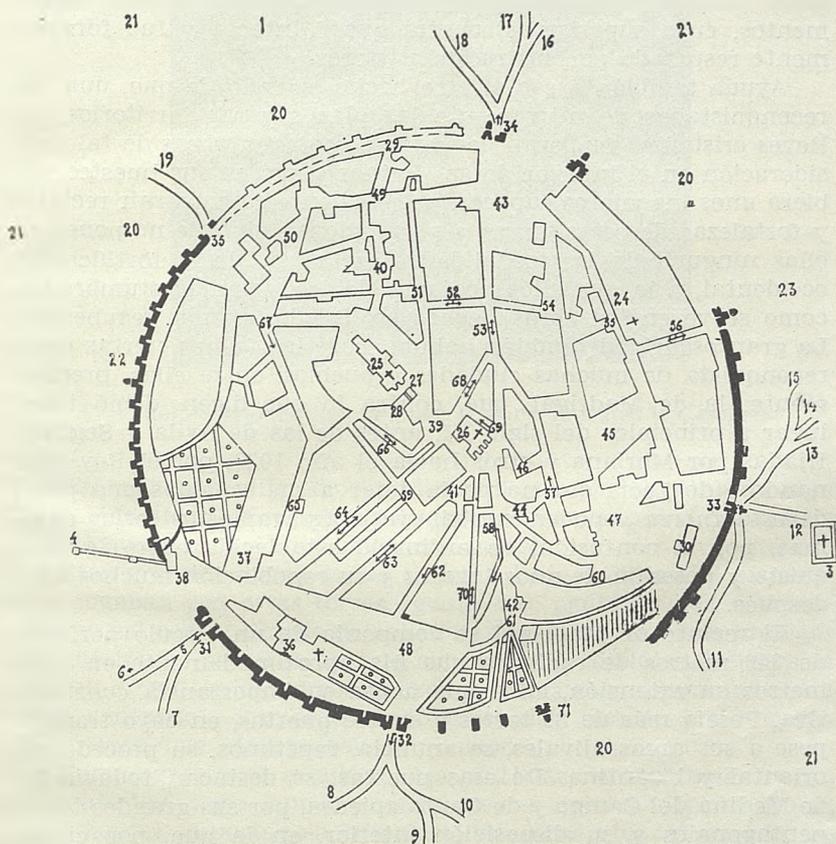
Dichos recintos ofrecen la novedad de ser rigurosamente circulares, planta intencionadamente buscada por sus constructores, en quienes sin duda revivían unas muy remotas influencias orientales que hallaron una imprevista expresión en estas tierras castellanas y leonesas.

No podemos estudiar aquí el origen y desarrollo de los recintos circulares. Solamente diremos que, según enseñan los relieves del British Museum y luego ha sido comprobado por las excavaciones, la castrametación asiria de los tiempos de Salmanasar y Sennaquerib (siglos IX y VIII a. de J. C.) empleaba ya para sus recintos y campos permanentes, la misma composición elíptica o circular que el de Madrigal, con idéntica acumulación de puertas, torres y lienzos, y es raro que el gran arqueólogo francés Dieulafoy, tan empeñado en atribuirnos unas constantes artísticas de procedencia persa y de otros pueblos antiguos de Oriente, no se fijara en este maravilloso recinto, en cuyos musulmanes constructores habíanse plasmado, una vez más, según él imaginaba, esas remotas influencias.

Porque, como sucede con tantos otros monumentos militares, cuyo origen y estructura musulmana son evidentes, si el cerco y, más aún, las puertas del recinto fueron reformadas o reconstruidas por los reconquistadores cristianos, su procedencia oriental es indudable, ya que, además de los antecedentes que adu-

imos, existen otros que sucesivamente llegan hasta los cercos y *castelli* romanos, según pueden verse en las obras de Conteneau, Blanchet, Grènier y algunos otros sabios arqueólogos. De suerte que, a pesar de las atribuciones dadas al recinto de Madrigal, de obra cristiana, guiados solamente por la traza ojival de los arcos de sus puertas, todas sus líneas, trazado, composición y hasta el material, evidencian el tiempo y manos de donde vienen.

En los estudios referentes a la antigua fortificación, no se ha resuelto definitivamente el problema de delimitar exactamente hasta dónde llegan las obras puramente musulmanas y en dónde empiezan las intervenciones mudéjares, que, al fin y al



Plano de Madrigal de las Altas Torres, cuyo original se conserva en el Ayuntamiento de la ciudad.

1

cabo, eran las mismas. No son tampoco éstos los momentos ni el lugar de explanar las razones de esa delimitación, capitalísima para la historia de nuestra arquitectura militar y de muchas de nuestras grandes fortalezas. Pero sí convendrá adelantar que la sola presencia de unos rasgos—arcos, bóvedas, etc.—del arte occidental y hasta las reconstrucciones, luego de la Reconquista efectuadas, no bastan para rebajar la edad y procedencia de muchos monumentos, por virtud de lo cual aparecía que antes de los siglos XII o XIII, las plazas recuperadas estaban sin fortificar o muchas fortalezas no existían. Y si se tiene en cuenta la ingente superioridad de la fortificación musulmana, que nadie puede negar hasta esas fechas, sobre la de los Reinos peninsulares cristianos, que de aquélla aprendieron, no puede rebajarse tanto, cual se hace, la edad y origen de muchos de esos monumentos, cuya superior estructura quedó intacta y fue forzosamente respetada por sus reconstructores.

Ayuda también a eso el otro hecho extraño de que, una vez reconquistadas definitivamente las plazas y sus territorios, los Reyes cristianos pudieran decidirse a acometer obras de tal consideración en el interior de sus Reinos y que en sus huestes hubiera unos ingenieros capaces, no solamente de construir recintos y fortalezas de estas trazas y proporciones, sino de no poner en ellas ninguna de las modalidades exclusivas de la fortificación occidental, a la que ellos podían y debían estar acostumbrados, como se ve en las obras hechas en Toledo, apenas recuperado. La gran oscuridad también habida sobre las fechas ciertas de la reconquista de muchas ciudades y pueblos, entre ellas, precisamente, la de Madrigal, que, contra lo que dicen, debió tener lugar a principios del siglo XI, antes de las de Avila y Segovia, fijadas por Mariana y otros hacia el año 1039, por el Rey Fernando I de León, que no podía dejar a sus espaldas una plaza de esta fuerza y poder, contribuye a agravar estos serios enigmas, por la confusión, de ordinario establecida entre la conquista y posesión de unos lugares y su repoblación muchos años después.

El recinto de Madrigal se componía de un círculo perfecto, de 340 metros de radio, lo que fija aproximadamente en 2.300 metros su extensión, cifra que acusa su importancia constructiva. Poseía más de 80 torres y cuatro puertas, en cuyo trazado, pese a sus arcos ojivales, se anuncia, repetimos, su procedencia oriental y bizantina. De esas puertas, se destacan todavía las de Medina del Campo y de Cantalapiedra, por sus grandes torres pentagonales y su disposición interior, en la que, por cierto, aparece esa serie o teoría de abiertas y redondeadas ventanas, destinadas—y con esto respondemos a unas preguntas que nos fueron allí hechas—al emplazamiento interior de ingenios o má-



Patio del Palacio del Rey D. Juan II, cuna de Isabel la Católica.

quinas, generalmente, de grandes ballestas, lo que enseña otra gran modalidad de su indudable procedencia, nunca o casi nunca practicada por la fortificación occidental.

Esas grandes torres de las puertas, muy hábilmente dispuestas, jugaban con otras torres, igualmente pentagonales, sobresalientes del cerco, a modo de salientes flanqueantes, para proteger los diferentes sectores en que el recinto se dividía. Sectores, a su vez, provistos de cortos lienzos y torres muy acumuladas, en cuyo conjunto y proporciones se acusa una técnica y un tiempo superiores, que comprueban la filiación que les damos.

Por desgracia, el estado de las murallas de Madrigal es tristemente lastimoso. Jamás pudiera creerse que un monumento de tan capital importancia ofreciera tan miserable abandono. Es cierto que en tiempos aún no muy lejanos, el mismo Ayuntamiento de la Villa, para aliviar el paro forzoso, no halló otra solución que derribar torres y muros, con el pretexto de apro-

vechar sus materiales, y esos derribos debieron ser efectuados al modo de los cataclismos geológicos, según lo demuestra la inexplicable situación de algunas de las imponentes y voluminosas torres, cortadas y arrumbadas por medios totalmente incomprendibles. Pero los grandes restos que aún quedan, se hallan de tal manera olvidados, que es imposible apercibirlos, sin perder la serenidad y el buen ánimo.

En cuanto a las puertas, la de Peñaranda ha desaparecido, a no ser que, como pudiera sospecharse y no logramos comprobar, permanezca envuelta entre unos edificios adosados a una gran torre, situada junto al camino que le dio nombre. La de Arévalo ha quedado reducida a un simple arco, flanqueado por dos especies de agujas o pingajos, restos únicos de las torres que en tiempos la defendieron, habiendo tenido que derribar recientemente la bóveda interior del pasadizo porque amenazaba también derrumbarse. Solamente quedan las de Medina y Cantalapedra o de Toro, de las cuales la última, que es la principal, se halla en vías de larga y, a lo que parece, costosa restauración. Pero, en su conjunto, el recinto de Madrigal, monumento, insísimos, excepcional, sin parangón ni equivalencia en Europa, se encuentra hoy en tal estado de ruina, de disminución y de abandono, que acaso sea de desear que quienes, llevados de su rara y capital importancia, pretendan ir a estudiarlo, no consigan verlo. Duras son estas palabras, pero es aún mucho más dura la realidad.

Parecía natural que un cerco de tales proporciones fuera acompañado de una fortaleza que formara su reducto central o de seguridad. Esa fortaleza debió existir, pues el emplazamiento y hasta su mismo nombre convienen con ello, donde hoy se alza la iglesia de Santa María *del Castillo*, en la que todavía pudieran entreverse ciertos rasgos constructivos. Por cierto, que aquí existe otro enigma o pleito entre esta iglesia del Castillo y la otra parroquial de San Nicolás, donde se enseña la pila en que la Reina Isabel la Católica fue bautizada, pila que, a nuestro juicio, no conviene con el tiempo en que la gran Reina nació. Hay quienes opinan que el bautizo tuvo lugar en Santa María, que por su procedencia, en cierto modo, castrense, debía depender de la Alcaidía del Palacio Real, considerado como casa fuerte. La iglesia de San Nicolás es un hermoso, aunque también un tanto abigarrado templo, cubierto por valiosos artesonados, en tiempos dorados y estofados. Posee también unos sepulcros de alabastro algo maltrechos y un coro, en parte compuesto con varias cajas de arteson, donde un joven erudito, bien formado, que amablemente nos acompañó en nuestra visita y nos proporcionó seguros y excelentes datos, nos enseñó también unas

tablas cuatrocentistas ya destrozadas, torpemente encajadas debajo de uno de los sitiales y en el suelo mismo.

A ese mismo y atento joven, cuyo nombre sentimos muy de veras no recordar, para mostrarle nuestro muy sincero agradecimiento, debimos también la contemplación de unas magníficas obras de alfarería, descubiertas en cantidad en unas excavaciones practicadas fuera del recinto. Son unas vasijas de extraordinaria magnitud—cerca de un metro de diámetro—a modo de grandes orzas o cuencos, cuya traza y líneas demuestran una procedencia oriental, si es que no se remontan algo más. La existencia de un alfar, capaz de producir o fabricar trabajos de tales dimensiones y con tal perfección, es un hecho igualmente capital, por lo que nos permitimos aconsejar se diera conocimiento al Sr. Director del Museo Arqueológico Nacional, ya que, en nuestro sentir, el hallazgo reviste grandísimo interés, por sí mismo y por lo que pudiera contribuir al esclarecimiento de los orígenes de Madrigal.

Vamos a terminar por donde debiéramos haber comenzado. A nuestra llegada a la villa, fuimos cordialmente recibidos por el Sr. Alcalde y otros miembros del Ayuntamiento, acompañados por otras personalidades del lugar, algunas de ellas, como la Sra. viuda de Partearroyo, pertenecientes a nuestra Asociación. Todos se esforzaron en hacer grata nuestra estancia, dándonos facilidades para visitar los monumentos interesantes del pueblo, entre los que se encuentran unas magníficas casas solariegas, alguna con bella y plateresca fachada, y el espléndido Hospital, fundado por la primera esposa de don Juan II de Castilla. Este hospital es otra de las cifras que enseñan y resumen el estado en que la villa se encuentra de desamparo y abandono, ya que los recursos municipales no pueden, de ningún modo, atender a estas construcciones artísticas, cuyo cuidado exclusivamente corresponde a las entidades superiores, llamadas a velar por la buena conservación y estado de estos monumentos nacionales. El hospital ostenta una fachada del siglo XVI, de imponderable grandeza, que se acompaña por el valiosísimo techo barroco que, con un gran blasón de España, cubre su monumental escalera. Pero, a cuenta, su patio se halla apuntalado, lleno de míseros restos y aun de basuras, sin otra ocupación de tan hermoso y magno edificio que el de alojar, según parece, a las reducidas dependencias de Auxilio Social. Por contraste debe decirse que en la entrada del pueblo se construye de nueva planta un amplio parador de cemento y ladrillo.

Pero, pese a las amabilidades de las citadas personalidades que nos recibieron, no pudo conseguirse cumplir otro de los mayores objetivos de nuestra excursión, como era el de visitar el palacio en que el 22 de abril de 1451 nació la Reina Católica.

El Ilmo. Sr. Obispo de Avila, a quien previamente se había solicitado el oportuno permiso, había contestado no poder otorgarnos las licencias necesarias porque, por estar comprendido el palacio en el recinto del Real Convento de las Madres Agustinas, se salían, como comunidad privilegiada y exenta, de su jurisdicción. Asimismo, la Reverenda Madre Abadesa tampoco pudo complacernos, por la severidad de las reglas que, salvo muy contadas y muy justificadas excepciones, hacen impenetrable la clausura. Hubimos, pues, de contentarnos con contemplar el patio del convento y la fachada del palacio, reciente y levemente restaurada, rindiendo ante aquellos muros, doblemente sagrados, el homenaje de nuestro fervoroso recuerdo y gratitud a aquella noble y santa figura de la Reina Isabel, verdadera madre de España y madre también nuestra.

Como se comprenderá, este palacio, de aspecto más bien modesto en su fachada, encuadrada por torres, es la verdadera joya y el gran valor espiritual de Madrigal. Por los documentos de Simancas, exhumados por Paz, sabemos que en el tiempo era considerado como «Casa Fuerte», provista de Alcaide y servidores de ese orden, uno de los cuales fue el Contador Mayor Juan de Velázquez, quien, secundado por su paje Ignacio de Loyola, cuya presencia en estas tierras promueve también nuestra emoción, había de rebelarse en Arévalo y aquí, ante la insensata donación de ambos lugares por el inexperto Emperador Carlos V o, mejor, por sus Gobernadores flamencos, a doña Germana de Foix, segunda mujer del Rey Católico, a la que los castellanos razonablemente consideraban como una extranjera que había llegado a detentar el sagrado lecho de la adorada Reina Isabel. La rebelión de Velázquez y San Ignacio surtió más tarde efectos, porque en 1525, el mismo Emperador cedía el palacio a su tía doña María de Aragón, priora del Monasterio de Nuestra Señora de Gracia, en cuyo destino todavía se encuentra, aunque habría que desear que, dado lo que esa casa supone de emotiva y espiritual veneración para los españoles, fuera facilitada su visita, dado, además, que el palacio está, en cierto modo, aislado del convento.

Esta última y evocadora nota cierra cumplidamente el viaje a Arévalo y Madrigal. Si la lastimosa situación de sus murallas y torres promueve nuestra tristeza, el recuerdo y presencia de aquella santa mujer que fue la Reina Isabel, compensa tales decepciones y nos anima y exalta. Entre Arévalo y Madrigal se ciernen los primeros horizontes de su infancia, en donde llegó a conocer, con las privaciones y olvidos en que ella y su madre y hermano se vieron sumidos, las amargas realidades de los últimos reinados medievales de Castilla y las justas y aleccionadoras enseñanzas que un día llegaría a practicar. De ahí la rendida

devoción que debemos consagrar a esos modestos muros, entre los cuales aún alienta y revive el espíritu de aquella Reina ejemplar, que, con su genial e insigne esposo, habría de dar a luz a la España Imperial.

Fotos Uillar y Benavides.

FEDERICO BORDEJE

1

Publicaciones de la Asociación Española de Amigos de los Castillos

BOLETIN SOCIAL

OFICINA: PLAZA MAYOR, 27, 3.º-TELEF. 21 24 54

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Un año (cuatro números)	60 ptas.
Número corriente.	20 »
» atrasado.	26 »
Números publicados: 26.	
» agotados: 1, 2, 12, 13 y 14	

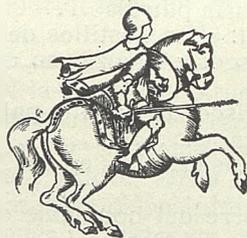
OTRAS PUBLICACIONES

	PRECIO
Bordejé Garcés, Federico: «Castillos desde el aire», 1955.....	15,— ptas.
Bordejé Garcés, Federico: «Castillos desde el aire», 1956.....	20,— »
Bordejé Garcés, Federico: «Castillos desde el aire», 1957.....	15,— »
Dotor y Municio, Angel: «Alarcón, inédito paradigma del arte y la historia patrios».....	15,— »
Dotor y Municio, Angel: «Los Castillos de Segovia».	25,— »
Layna Serrano, Francisco: «Atienza, su castillo y la caballada».....	15,— »
Layna Serrano, Francisco: El castillo-palacio de los Obispos de Sigüenza	15,— »
Marañón, Gregorio: «Los castillos en las Comunidades de Castilla».....	12,— »
Prast, Antonio: «La torre del homenaje del castillo de la Mota de Medina del Campo»	15,— »
Rico de Estasen, José: «Loa apasionada de los castillos españoles».....	12,— »
Sanz y Díaz, José: «Panorámica con el castillo de Molina al fondo».....	10,— »

UNA NOTICIA MUY INTERESANTE

DE acontecimiento puede y debe calificarse la salida de la segunda edición de *Castillos de Guadalajara*, tan esperada por los eruditos y el público en general, pues si su lectura es no sólo amena, ilustra a la vez que entretiene, por ir profusamente documentada y tratar de manera galana muchos temas a cual más sugestivos; de ella es autor el reputado historiógrafo y miembro correspondiente de dos Academias, varias veces galardonado, Ilmo. Sr. D. Francisco Layna Serrano. Esta obra constituye un hito en la castellología española, y aunque la primera edición se agotó hace bastantes años, han seguido buscándose con empeño y adquirido a altos precios los contados ejemplares de ocasión que aparecían; tantos requerimientos se hacen continuamente al autor para que la reimprima, que éste ha accedido, no sin aumentar el texto e ilustraciones, y el primero de enero de 1960 se pondrá a la venta la segunda edición. Los ejemplares tienen un tamaño de 20 por 28 centímetros, con 565 páginas y 122 grabados, yendo encuadernados en tela.

El precio del ejemplar es de 250 pesetas; pero en consideración especial a los afiliados a nuestra Asociación, éstos obtendrán un descuento del 15 por 100, si los piden al autor directamente, Hortaleza, 106, Madrid, o a la Asociación Española de Amigos de los Castillos, Plaza Mayor, 27, 3.º, también en Madrid; los gastos de envío, por cuenta del solicitante.



Una colección que ofrece gran interés para los Amigos de los Castillos y, en general, cuantas personas sientan devoción por la historia y el arte patrios:

Ciudades monumentales de España

Volúmenes de 246 a 300 páginas, 19 x 15 cm., ilustrados con una veintena de láminas que reproducen vistas fotográficas, encuadernación en semitela, con sobrecubierta policroma.

Publicados:

Ciudades del Centro

(Avila-Burgos-Cuenca-Palencia-Salamanca-Segovia-Sigüenza-Toledo-Valladolid-Zamora)

por

ANGEL DOTOR

Precio del ejemplar: 37 pesetas

El eminente escritor don Federico Carlos Sáinz de Robles dijo de esta obra en el diario "Madrid": "*Ciudades monumentales de España* está emotivamente escrito y magistralmente compendiado, es un libro en el que se entrecruzan la amenidad con el más noble estilo, la fuerza evocadora con la verdad histórica, la gracia interpretativa con la unción lírica".

Ciudades del Norte

(La Coruña-Santiago de Compostela-Lugo-Orense-Pontevedra-Oviedo-León-Santander-Bilbao-San Sebastián-Vitoria Pamplona-Huesca-Jaca)

por

JOAQUIN PLA CARGOL

Precio del ejemplar: 38 pesetas

En prensa:

Ciudades del Sur

(Cáceres-Badajoz-Huelva-Sevilla-Jerez de la Frontera-Cádiz-Córdoba-Jaén-Málaga-Granada-Almería-Murcia)

por

ANGEL DOTOR

Pedidos: Asociación Española de Amigos de los Castillos

Plaza Mayor, 27, 3.º, Madrid.

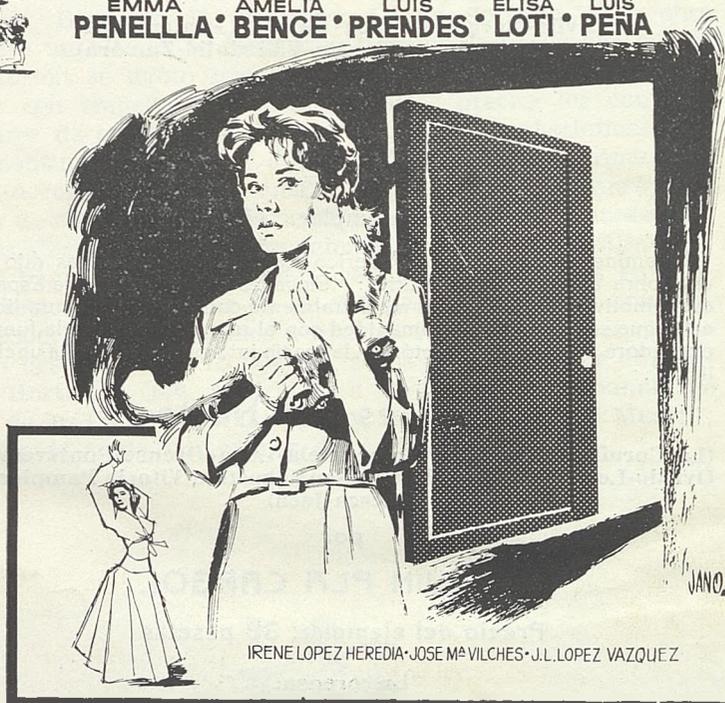
Teléfono 2124 54

¡POR FIN!

LA GRAN PELICULA POLICIACA
QUE NOS DEBIA EL CINE ESPAÑOL



EMMA AMELIA LUIS ELISA LUIS
PENELLA BENCE PRENDES LOTI PEÑA



IRENE LOPEZ HEREDIA • JOSE M^a VILCHES • J.L. LOPEZ VAZQUEZ

DE ESPALDAS A LA PUERTA

CON LA COLABORACION ESPECIAL DE
LA CHUNGA

DIRECTOR
JOSE MARIA FORQUE

PRODUCCION HALCON PARA CHAMARTIN



JANO.

BANCO HISPANO AMERICANO MADRID

Capital desembolsado 600.000.000 Ptas.
Reservas 1.250.000.000 »

CASA CENTRAL: Plaza de Canalejas, núm. 1

Sucursales en las principales localidades de la
Península, Baleares, Canarias y Norte de Marruecos

Corresponsales en todo el mundo

Servicio especializado para las operaciones
con el exterior en su Departamento Extranjero

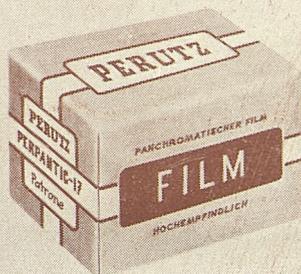
SUCURSALES URBANAS:

Alcalá, número 68	Legazpi (Gta. Beata. María Ana de Jesús, 12)
Atocha, núm. 55	Mantuan, número 4
Avda. José Antonio, núm. 10	Mayor, número 30
Avda. José Antonio, núm. 29 (esquina a Chinchilla)	Narváez, número 39
Avda. José Antonio, núm. 50	P.º Gral. Martínez Campos, 31
Bravo Murillo, núm. 300	P.ª Emperador Carlos V, 5
Conde de Peñalver, núm. 49	Pte. Vallecas (Avenida de la Albufera, 26)
Duque de Alba, número 15	Rodríguez San Pedro, 66
Eloy Gonzalo, número 19	Sagasta, número 30
Fuencarral, número 76	San Bernardo, número 35
J. García Morato, 158 y 160	San Leonardo, 12 (junto a la Plaza de España)
Lagasca, número 40	Serrano, número 64

Aprobado por la Dirección General de Banca, Bolsa e Inversiones, con el núm. 2 308

PERUTZ

Sus mas bellas fotos con



FABRICADO EN ESPAÑA POR *Mafe* ARANJUEZ

IMP COSANO - PALMA, II - TEL. 225595 - MADRID